







# La Caja Popular de San José

Institución de carácter verdaderamente cooperativo – Fundada especialmente para estimular el ahorro sobre todo entre las clases trabajadoras

## DIRECTORIO:

PRESIDENTE  
Don José D. Costa  
VICE-PRESIDENTE  
Don Emilio M. Arnábal  
SECRETARIO  
Don Francisco Cabrera Cachón  
Gerente: Don Juan Arricar

TESORERO  
Don Isaías Martínez  
VOCAL  
Don Luis Menéndez Muñiz  
ASESOR Y SÍNDICO  
Presbítero Marcial Pérez

LA CAJA POPULAR acepta GIROS sobre MONTEVIDEO



Calle Asamblea números 636 y 638

San José

entre los días 9 y 11 y de 1 a 4 p. m.

por más informes DIRIJIRSE A LA GERENCIA

**OPERACIONES DE LA CAJA**  
 hipotecarios y personales, amortizables a largos plazos  
 por cuotas mensuales, trimestrales o semestrales:  
 en caja de ahorros a la vista al 5 ojo anual.  
 a plazo fijo a 6 meses 4 ojo anual.  
 > > 1 año 5 >  
 > > 2 6 >  
 > > 5 7 >

## Préstamos Depósitos

Intereses pagaderos por sumistros vencidos

Horas de Oficina: De 9 a 11 y de 1 a 4 p. m.

Por más informes DIRIJIRSE A LA GERENCIA

## COLEGIO PIO DE VILLA COLON

Este colegio fundado el año 1877, se halla situado en el paraje más saludable y pintoresco del departamento de Montevideo.

Los grandiosos edificios que lo forman, sus patios amplios, sus jardines, quintas y pasos hacen que sea el más lúgubre establecimiento de educación para toda clase de jóvenes, pero muy especialmente para los de la campiña.

Su museo escolar y sus bien montados gabinetes de física, química e historia natural, lo ponen en condiciones de dar a sus alumnos sólida y práctica instrucción.

El programa de estudios abarca los cursos elementales y de bachillerato conforme a los programas universitarios.

Tiene anexo los observatorios astronómico, meteorológico, sísmico y magnético.

### ADMITE PUPILOS, MEDIO PUPILOS Y EXTERNOS

Dios, Patria, Familia son las tres grandes verdades en que se basa la esmerada educación que imparte a sus alumnos.

Por informes y programas dirigirse a la Redacción de Los Principios o al Director del Colegio Pío—Villa Colón—Montevideo.

## Corrige, Mazzone y Varela

Succesores de CASARIEGO Y CORRIGE  
GRAN CARPINTERIA, MUEBLERIA Y CAJONERIA FÚNEBRE

Plaza Treinta y Tres

En este hereditario establecimiento, encontrárán nuestros favorecedores, todos los artículos concernientes a los ramos arriba mencionados, como también en la carpintería y cajonería.—Gran surtido de sillas y otros muebles de Viena de la acerdiada fábrica de Fischer.—La casa cuenta con los útiles más modernos y completos para el servicio fúnebre, desde lo más lejano d lo más modesto.

Tenemos una lujosa carroza fúnebre de raya liso IV un carro negro, otro blanco, un carro de duelo y un furgón especial para transportar los cuerpos de campaña.—Servicio á todas horas.

Para el servicio nocturno hay una ventana con luz en la calle Asamblea.

## Escuela de corte y confección DIRIGIDA POR LA Profesora MARÍA FILOMENA REGINA

Se confeccionan trajes de señoras, uñas y bolas, y se preparan moldes y semi-confecciones.

CALLE ITUZAINGO Núm. 50.

SAN JOSE.

## Romeo Baletti

PELUQUERIA Y PERFUMERIA  
Servicio esmerado — Uruguay 34

## Andrés E. Larroza

COLCHONERO Y TAPIZADOR

Calle Colón N.º 278 entre Yaguarón y Santa Lucía

## Marta M. Rivello Guido

Da lecciones de Bordado y Pintura. Piso en su domicilio calle

Treinta y Tres y Yaguarón. Yaguarón. Precios modicos. San José de Mayo.

hormigas y con los muchachos que me destrozaron los árboles por robarme los duraznos verdes, y cuando me di cuenta que no se negaban a regalar las plantas, cuando no tenía el mudillo, y voy a contarte para qué quíero yo mi fruta y todo lo que me den.

Y don Filomeno desarrolló la vasta idea que hacía muchos años trabajaba en su cerebro.

Durante el verano, la gente podía vivir en Dolores de las mil pequeñas industrias que nacían con la venida de los veraneantes, pero, desde el otoño, en aquella tierra de latifundios, antes que los Quintos, se instalaron corderas en la Cuchilla del paisaje carpado de familiares. La gente nació que su rancho y su pañuelito de tierra donde por cerca nadie se habría muerto de hambre sin el recurso de colocar a los hijos en la ciudad en casas de familias ricas.

Nada era que se colocaran los muchachos, aunque volvían con muchos vicios y pocas habilidades. Pero ¡ah! ¡qué hijas! ¡qué estabas! la impresionante que llevaba el curva clavada

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-

co años que estoy empapado en la lida de mis

espaldas separadas por el arroyo, llegaron a ser el paraje más hermoso de Dolores. Y en la primavera, cuando florecían a la vez todos los duraznos, que se contaban por centenares, aquella era un sueño.

Un día, don Eugenio dijo a su amigo:

—No sé que voy a hacer de mi fruta! se me va a perder en los duros.

—¡Qué barbaridad! —exclamó don Filomeno— ¡que perdieran los árboles! ¡vendálos!

—No queríe competir.

—Desde que usted de la suya, cortada y hasta en canastos, no hay quien quiera entrar a mi huerta a bajarla.

—Bueno, déjala a mí.

—Y qué va a hacer usted de ella?

—Ah! ¡lo que haré! ¡diablo! vea, cin-